

HISPANOAMÉRICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA VISTA A TRAVÉS DE DOS DE SUS POETAS: CÉSAR VALLEJO Y PABLO NERUDA.

María Jesús Perea Vázquez.

Universidad de Málaga. La Línea. Cádiz. España.

En Julio de 1936 estallaba la Guerra Civil española. Muchas cosas cambiaron, aunque aquel cataclismo trajo también una forma distinta de entender el arte. Las conciencias se movilizaban, implicadas en una lucha a muerte entre dos formas distintas de entender la sociedad y el mundo.

La Guerra Civil serviría de inspiración a la sensibilidad de numerosos escritores, no sólo de España, sino también de muchos otros países. El arte se ponía al servicio de la sociedad y escritores de muy distintas nacionalidades se aunaban en el sueño de restablecer las libertades usurpadas. Los escritores hispanoamericanos, por su identidad lingüística y proximidad, podríamos llamar "visceral", hacia el pueblo español, tampoco se mantendrían al margen.

El acontecimiento supuso un flujo enorme de producción poética a la par que un cambio de orientación literaria y un incentivo para la relación entre nuestros poetas.

En *La arboleda perdida*, Rafael Alberti recordaba a Pablo Neruda aquella época, ya pasada:

"¡ Ay, Pablo! ¡Qué años alegres y terribles llenos de soles esperanzados, de inflexibles condenas y de sangre! ".¹

Fue esa sangre, precisamente, la que arrastraría a dos poetas hispanoamericanos, Pablo Neruda y César Vallejo, a participar directamente en el

conflicto. España se convertía así en motivo literario —y personal— para dos poetas que, si unidos en la lucha, partían de una concepción poética bien distinta: Pablo Neruda, tan lleno siempre de universo, veía reflejado en el cosmos su propio dolor; César Vallejo, en cambio, prefería, solitario e inaccesible, el refugio de su mundo interior.

Augusto Tamayo Vargas resume así, la diferenciación entre los dos poetas:

“Vallejo ha representado —dentro de su voz andina— la insatisfacción atormentada, la persecución del hombre por las fuerzas antagónicas del destino, el no saber nada sobre tanta pregunta, la tendencia de un misticismo con Dios o sin él. Pablo Neruda, lo sensual, lo onírico —estrellas australes y mares en desorden—, la agresiva actitud, la posición anhelante del viviente en medio de los deseos cósmicos de la Naturaleza. Para uno, la palabra en los huesos del hombre; para el otro, en los más variados objetos del Universo. En Vallejo el tono entrecortado, perdido, seco, con la voz misteriosa de la aldea en medio de la gran ciudad. En Neruda la expresión lujuriosa, el acento del ciudadano del mundo...”²

Una sensibilidad distinta implica, pues, una forma diferente de entender la realidad. La reacción de ambos poetas a la experiencia de la Guerra iba a ser también opuesta.

Las circunstancias en que vivían Pablo Neruda y César Vallejo durante los años previos a la Guerra Civil no podían estar más lejanas.

Pablo Neruda había llegado a Barcelona como cónsul de Chile. Sin embargo, desde un principio estuvo dispuesto a instalarse en Madrid. De hecho, había alquilado una casa en el barrio de Argüelles casi al mes de su llegada a España. Era un Madrid lleno de creatividad e iniciativas en el clima de la República. En su casa se celebraban tertulias a las que asistían los artistas e intelectuales de la Generación del 27. Ya ha publicado sus dos *Residencias* y es elogiado por todos los poetas jóvenes. Su popularidad crecía, mientras tanto, de forma prodigiosa; sobre todo, desde que los poetas españoles le tributarán un homenaje a menos de un año de su llegada. *Residencia en la tierra* sienta magisterio y es alabada por todos. Sin embargo, antes incluso de ser publicada, nuestros poetas del 27 ya afirmaban:

“Chile ha enviado a España al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma castellano.”

La repercusión de Pablo Neruda era en modo semejante a la que experimentara Rubén Darío.

Sin embargo, ¿qué ocurría mientras tanto con César Vallejo?

En primer lugar, no había publicado nada desde *Trilce*. Se dedicaba entonces a escribir obras en prosa, panfletos o novelas proletarias, donde hacía eco de su doctrina política. Su prosa es directa y funcional. Sin embargo, su filiación política le haría perder su trabajo periodístico y, más tarde, ser expulsado de Francia, donde residía en condición de exiliado. Marcha a Madrid en 1931, donde Gerardo Diego y José Bergamín le prologan y editan su libro de poemas *Trilce* que, por su carácter innovador, había vivido, desde su publicación en 1922, el silencio de la crítica.

Publica por entonces su novela *Tungsteno*, novela breve en la primera línea de la novela hispanoamericana de protesta social, y un relato infantil, *Paco Yunque*, que el editor rechazó por considerarlo "demasiado triste". Su obra no acababa de asentarse y sus necesidades económicas eran cada vez mayores.

Un cambio de gobierno en Francia y sus problemas monetarios le llevarían a regresar a París. Pero de regreso a Francia, estalla la Guerra Civil Española, que le conmociona enormemente, como demuestra su poética y actitud vital. Marcha a Barcelona y desde allí a Madrid, donde, junto con Pablo Neruda, participa en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Visita el frente de batalla y, de regreso a París, promueve la fundación del Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española.

Sus inquietudes no cesarían, aun a pesar de haber vivido siempre en condiciones precarias, en absoluta pobreza. Lora Risco dice al respecto:

"¿ Quién no sabe cómo vivía el poeta antes y después de estallar la guerra civil española? Asendereado, trashumante, aparentemente como una hoja de vendaval, nuestro cholo sufría, tosía, moría..."³

También Pablo Neruda, en su *Oda a César Vallejo* lo recordaba, diciendo:

"Era en París, vivías
en los descalabrados
hoteles de los pobres.
España
se desangraba
Acudíamos."

Neruda y Vallejo se habían encontrado por primera vez en 1927, cuando, camino a Oriente, Neruda hace escala en París. Años más tarde, ya en 1937, se encontrarán nuevamente en Francia. Allí trabajan juntos en la formación del "Grupo Hispano-Americano de Ayuda a España"

Juan Larrea recuerda la relación personal de los dos poetas en aquellos momentos:

"En París Vallejo se encontraba en la pobreza, mientras que Neruda no carecía de fondos. Neruda se empeñaba en invitarle a Vallejo a pasarse la noche de trago en trago, mas cuando eso sucedía, Vallejo sentía al día siguiente un profundo desagrado no exento de remordimiento. Sobre todo que Neruda adoptaba ante Vallejo un aire protector, como de superioridad que a César no le hacía ninguna gracia por lo visto. El caso es que las relaciones, en vez de arreglarse entre ellos tendieron a descomponerse".⁴

A pesar, sin embargo, de sus diferencias, ambos no dudaron en luchar por un pueblo al que consideraban suyo. Así, aludiendo a Alberti, Neruda escribe:

"Tu sabes que no enseña sino el hermano. Y en esa hora no sólo aquello me enseñaste, no sólo la apagada pompa de nuestra stirpe, sino la rectitud de tu destino, y cuando una vez más llegó la sangre a España defendí el patrimonio del pueblo que era mío".⁵

También César Vallejo, en su *Himno a los voluntarios de la República*, diría:

"Voluntario de España, miliciano de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón, cuando marcha a matar con su agonía mundial, no sé verdaderamente qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo, lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo a mi pecho que acabe, al bien que venga, y quiero desgraciarme(...)"

Impresionables en su condición de poetas, la obra de Pablo Neruda y César Vallejo no podía permanecer ajena a los acontecimientos. Su poesía cambiaba como también cambiaba su percepción de la realidad. Pero, ¿Cómo se manifiesta esta evolución?

Antes de estallar la Guerra Civil y a pesar de su aparente seguridad material, Neruda se siente desolado espiritualmente. Su poesía lo define como poeta existencial, poeta del caos y la destrucción. Tal se refleja, por ejemplo, en *Residencia en la tierra*. Sin embargo, como él mismo dijera, "El Mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado"

La muerte de Federico García Lorca, de Miguel Hernández, y de tantos otros, le llevarían a abandonar su cargo consular y a luchar, junto a Alberti y los otros poetas de la izquierda española, por la supervivencia de la República.

El tono pesimista de su obra anterior se ve, consecuentemente, alterado. En *Tercera residencia*, libro de crisis y rupturas, libro de nuevas perspectivas, llega a decir:

“Preguntaréis: ¿Y dónde están las lilas?
 ¿Y la metafísica cubierta de amapolas?
 ¿Y la lluvia que a menudo golpeaba
 sus palabras llenándolas
 de agujeros y pájaros?
 (...)
 Preguntaréis por qué su poesía
 no nos habla del sueño, de las hojas,
 de los grandes volcanes de su país natal.

Venid a ver la sangre por las calles,
 venid a ver
 la sangre por las calles,
 venid a ver la sangre
 por las calles! “. ⁶

Neruda repudia el pasado y afirma el valor recién descubierto de la solidaridad. La poesía, pensará, unirá a los hombres en su lucha por la paz. En *Reunión bajo las nuevas banderas*, poema que publica primero en 1940, pero que más tarde incluirá en su libro *Tercera Residencia*, refleja explícitamente ese cambio en su poesía. Rechaza su anterior postura ante la vida y considera haber vivido entre sombras, escuchando “toda la sal funesta”, averigiando “lo amargo de la tierra”. Aquel dolor interior se ve mermado ahora por el dolor de todo un pueblo. Su inmediata experiencia de la guerra le hará rechazar su poética anterior y jurar unas ‘nuevas banderas’, abjurando de las antiguas:

“ Y para quién busqué este pulso frío
 sino para una muerte?
 Y qué instrumento perdí en las tinieblas
 desamparadas, donde nadie me oye?
 No,
 ya era tiempo, huid,
 sombras de sangre,
 hielos de estrella, retroceded al paso de los pasos
 humanos.
 Y alejad de mis pies la negra sombra! “

La Guerra Civil española arranca a Pablo Neruda de su ensimismamiento anterior, provocando en él una concepción más esperanzadora de su poesía:

“Juntos, frente al sollozo!
 Es la hora
 alta de tierra y de perfume, mirad este rostro
 recién salido de la sal terrible,
 mirad esta boca amarga que sonríe,
 mirad este nuevo corazón que os saluda
 con su flor desbordante, determinada y áurea.”

En cuanto a César Vallejo, la Guerra Civil no suscitaría en él un cambio en su forma de entender la vida. Siempre imbuido de dolor, había contemplado la vida como un amasijo de sufrimientos. La guerra no haría sino constatar su noción del mundo. La tragedia bélica se convertía, así, en el reflejo de su propia tragedia humana. La experiencia de la guerra no le llevaría, por tanto, a adoptar una posición ideológica renovadora, pues ya desde 1922 albergaba la causa político-social. Sin embargo, comprobaba ahora cómo su propio dolor no le era exclusivo. Miles de personas sentían cómo el mundo se les derrumbaba a sus pies. ¿Podía el poeta, acaso, continuar con su egocentrismo anterior? Nada de eso. En sus *Poemas humanos*, nos llega a decir:

“Un hombre pasa con un pan al hombro
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila,
mátalo
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
¿Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Breton?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabría aludir jamás al Yo profundo?
(...)”

Un hombre pasa con un pan al hombro

Conmocionado profundamente ante los sucesos que estaban ocurriendo, Vallejo no se limita a asistir a congresos y mítines, sino que toma partido activamente, “partido hasta mancharse”, que diría Gabriel Celaya. Más allá de cualquier ideología, Vallejo se siente uno con un pueblo que lucha por su libertad. Y ese pueblo era también su pueblo. Cuando pisó España por primera vez, llegaría a decir:

“Voy a mi tierra sin duda. Vuelvo a mi América Hispana reencarnada por el amor del verbo que salva las distancias, en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras coloniales.”

La cercanía que siente el poeta ante el dolor de su pueblo, no podía quedar definida por los repetidos clichés de lo que él mismo llamó “catecismo político”. En *El arte y la revolución*, Vallejo distingue entre “arte bolchevique” y “arte socialista”, otorgando supremacía al bienestar colectivo respecto al sentimiento individualista. Así, dirá que “En el poeta socialista, el

poema no es, pues, un trance espectacular, provocado a voluntad y al servicio preconcebido de un credo o propaganda política, sino que es una función natural y simplemente humana de la sensibilidad"

También la sensibilidad se pone por encima de todo en el poeta Pablo Neruda, que escapa de todo doctrinaje u ortodoxia, considerándolos un modo más de sometimiento del individuo. En su conferencia sobre Federico García Lorca, pronunciada en París en 1937, diría:

"No soy político ni he tomado nunca parte en la contienda política, y, mis palabras, que muchos habrían deseado neutrales, han estado teñidas de pasión. Comprendedme y comprended que nosotros, los poetas de América Española y los poetas de España, no olvidaremos nunca el asesinato de quien consideramos el más grande entre nosotros, el ángel de este momento de nuestra lengua"

Con el objetivo de "no olvidar" y, con la pasión propia del hombre del pueblo, nuestros dos poetas tienen confianza en la renovación de España y animan a los soldados a que luchen por ella con fervor. Claro que desde perspectivas distintas, como vemos en sus dos obras: *España en el corazón*, de Pablo Neruda, y *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo.

La obra de Neruda es el símbolo del combatiente que, renegando de su anterior postura desesperada, ve en el sufrimiento del pueblo un modo de llenar su propia alma. En la obra de Vallejo, sin embargo, el drama colectivo vendría a sumarse a su propio drama.

España en el corazón será el reflejo de un poeta indignado que reaccione ante la guerra agresivamente. Consciente del poder de la palabra, y en base a sus experiencias biográficas, concibirá su poesía como oficio. La utilidad de la poesía, concebida como "instrumento", le lleva, pues, a depurar su lenguaje poético hasta alcanzar las cotas de lo que él llama una "poesía impura"

En *Caballo verde para la poesía*, revista que dirigiera en Madrid y de la que sólo salieron cinco números, pues el sexto no pudo salir a la calle por la inminencia de la guerra, llega a defender

"(...) una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigiliias, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos".⁷

En *Caballo verde para la poesía*, Neruda declara sus ideas estéticas en manifiestos como *Sobre una poesía sin pureza* o *Conducta y poesía*, donde preconiza una poesía en nada imbuida por el peso de la cultura. La poesía ha de ser, ante todo, humana, reflejando así todo lo que revele un contacto del hombre con la tierra. Años más tarde, ya en 1939, participa en Montevideo

en el Congreso Internacional de las Democracias, donde seguirá recordando a España y donde también hablará de su poesía:

“Yo soy un poeta, el más ensimismado en la contemplación de la tierra; yo he querido romper con mi pequeña y desordenada poesía el cerco de misterio que rodea el cristal, a la madera y a la piedra, yo especialicé mi corazón para escuchar todos los sonidos que el universo desataba en la oceánica noche, en las silenciosas extensiones de la tierra o del aire, pero no puedo, no puedo, un tambor ronco me llama, un latido de dolores humanos, un coro de sangre como nuevo y terrible movimiento de olas se levanta en el mundo, y caen en la tierra española por los laberintos de la historia los ojos de los niños que no nacieron para ser enterrados, sino para desafiar la luz del planeta y no puedo, no puedo, porque en China salta sangre por los arrozales, porque caen los muros de Praga sobre un barro de infinitas lágrimas; porque las flores de los cerezos austríacos están manchados por el terror humano; no puedo, no puedo conservar mi cátedra de silencioso examen a la vida y el mundo, tengo que salir a gritar por los caminos y así me estaré hasta el final de mi vida”.⁸

Esta poesía englobante y totalizadora será la que, a partir de su experiencia española, llegue a secundar.

El cargo diplomático en Madrid lleva a Pablo Neruda a vivir directamente la tragedia popular de la España republicana. Ante una España dividida en dos campos, su postura de poeta comprometido y sensible a los hechos no le llevará sino a descargar toda su pasión poética frente a los favorecedores de un clima recubierto de oscurantismo y de opresión. El poeta no dudará en insultar a sus agresores, aunque nunca abandonando su disposición esperanzadora:

“Chacales que el chacal rechazaría,
piedras que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odieran !
(...)

Generales

traidores:

mirad mi casa muerta,

mirad España rota

pero de cada casa muerta sale metal ardiendo

en vez de flores,

pero de cada hueco de España

sale España,

pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,

pero de cada crimen nacen balas

que os hallarán un día el sitio

del corazón”

España en el corazón (“Explico algunas cosas”).

Al igual que *España, aparta de mí este cáliz.*, *España en el corazón* fue editado por Manuel Altolaguirre en pleno frente de guerra.

En *Confieso que he vivido*, Neruda recordaba la edición del libro en el Frente del Este como una empresa arriesgada; aunque, al mismo tiempo, una empresa donde los mismos soldados pusieron todo su empeño en ver el libro impreso. Era lógico: en él verían expuestos sus propios ideales. Sobre la edición —miliciana— del libro, Pablo comenta:

“Los soldados del frente aprendieron a parar los tipos de imprenta. Pero entonces faltó el papel. Encontraron un viejo molino y allí decidieron fabricarlo. Extraña mezcla la que se elaboró, entre las bombas que caían, en medio de la batalla. De todo le echaban al molino, desde una bandera del enemigo hasta la túnica de un soldado moro. A pesar de los insólitos materiales, y de la total inexperiencia de los fabricantes, el papel quedó muy hermoso. Los pocos ejemplares que de ese libro se conservan, asombran por la tipografía y por los pliegos de misteriosa manufactura. Años después vi un ejemplar de esta edición en Washington, en la biblioteca del Congreso, colocado en una vitrina como uno de los libros más raros de nuestro tiempo”.⁹

España en el corazón es su primer libro comprometido, la primera muestra de poesía política en su obra.

Será a partir de aquí cuando poeta y combatiente aparezcan completamente unidos, de manera que su vida privada y su vida pública serán, desde entonces, inseparables. Todo lo que hace, dice o escribe, va ya dirigido a un único fin: la derrota del fascismo.

Así, consigue por fin instalarse dentro del tiempo histórico: Sus poemas son fiel reflejo de la inserción del individuo dentro de la sociedad y los grupos humanos. El poeta destaca la incidencia de la guerra y ve la necesidad de abogar por España.

Lejos queda ya la atemporalidad de sus poemas anteriores, donde dominaba el presente y donde éste confería una sensación de inmovilidad al conjunto, inquieta inmovilidad que se hallaba, eso sí, en consonancia con su propia “inmovilidad” espiritual. Pero las circunstancias han cambiado y con ellas su poesía.

España en el corazón significa, pues, la conversión del poeta que, desde un egoísmo desesperado y pesimista, apuesta por la ilusión y la esperanza en la lucha.

También la Guerra Civil española conmociona a César Vallejo, que despierta poéticamente después de un silencio de quince años. *España, aparta de mí este cáliz* fue publicada en 1938 (también por el Ejército del Este y en las mismas circunstancias que *España en el corazón*.) Pero también sus

Poemas humanos tendrán a España como motivo literario; aunque aparecieran póstumamente.

Vallejo vio en la resistencia del pueblo español a las agresiones a que estaba siendo objeto, la posibilidad de la victoria de ese pueblo.

En España ve la posibilidad de la dicha, una dicha que el poeta quiere extender a la Tierra entera:

“ Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañue-
los tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras so-
ñadas y cantadas!”.¹⁰

Pero también España simbolizará en Vallejo la Madre.

La destrucción de España le hará sentirse nuevamente huérfano. En la muerte de España, Vallejo verá reflejada su propia muerte. Pero, ¿cómo interpreta el poeta la muerte? ¿Será acaso el símbolo de lo perecedero o destructor? Muy al contrario: En Vallejo, la muerte vuelve a ser dadora de vida. Al morir por una causa como la defensa de las libertades humanas, no se moría, sino que se transmitía ese soplo vital a los que se quedaban. En sus poemas, aparecerán versos como “Su cadáver estaba lleno de mundo” o “herido mortalmente de vida”.

Esos muertos morirían físicamente, pero seguirían viviendo, sin embargo, en las mentes de los supervivientes. Trasladémonos un momento al poema *Masa*, donde el combatiente muerto en la batalla, echa a andar gracias al amor de sus compañeros, que, insistentemente, le piden que resucite. Así, sus ruegos serán persistentes:

“No mueras; te amo tanto!”
(...)
“¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
(...)

El combatiente logra resucitar, pero bajo la forma del ideal, que siempre sigue vivo. Mientras que esos supervivientes sigan vivos, también seguirán vivos los que lucharon por ellos:

“Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar”

Para Vallejo, la inmortalidad del miliciano no tiene nada que ver con el concepto tradicional de inmortalidad. Así, si el cristianismo justifica la idea de la muerte en cuanto a la pervivencia del alma; es decir, en cuanto a algo que se encuentra en el interior del hombre, Vallejo, sin embargo, coloca dicha justificación en algo que está, no dentro, sino fuera del hombre: el Ideal.

Pero la visión de la muerte como simiente no será exclusiva de nuestro poeta; antes bien, será un sentimiento que alberguen todos los poetas que escriban sobre la guerra española y en las mismas circunstancias. Así, esa misma actitud frente a la muerte la vemos, por ejemplo, en Rafael Alberti y, por supuesto también, en Pablo Neruda.

Un “culto a la humanización” define, además, la obra de César Vallejo. Su insistencia en el individuo concreto le hace garante de dicha definición que, desde siempre, le ha venido caracterizando.

Así, mientras que Neruda trata del campesino en general, Vallejo lo individualiza, lo concretiza bajo nombres como “Pedro Rojas”, “Ramón Collar” o “Ernesto Zúñiga”:

“Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquel
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía, sus ham-
bres, sus pedazos”.¹¹

Inspirado en un personaje real, la figura de Pedro Rojas existió verdaderamente.

Apaleado y muerto a balazos, sólo un papel y una cuchara, la que el penal daba a cada detenido, le identificaban. Aquel papel, arrugado en un bolsillo, llevaba, sin embargo, un mensaje fundamental:

“Abisa a todos los compañeros y marchar pronto
nos dan de palos brutalmente y nos matan
como lo ben perdtó no quieren sino la barbaridá”

Sería César Vallejo quien se encargara de “abisar” a todos esos compañeros a través de sus versos y también Pedro Rojas, “después de muerto / se levantó”, pues también “su cadáver estaba lleno de Mundo”.

Pero esta individualización que adopta Vallejo y que lleva a su yo a introducirse plenamente en sus poemas, y, por otra parte, el hermetismo que se deriva de una poesía más particular, ha llevado a decir que *España en el corazón* cabe, más que *España, aparta de mí este cáliz*, dentro de los cánones de la llamada poesía social; sobre todo, si atendemos a la definición que de ella da Pedro Salinas:

“La poesía social es la originada por una experiencia que afecta al poeta no en aquello que su ser tiene de propio y singular, de inalienable vida individual, sino en ese modo de su existencia por el cual se siente perteneciendo a una comunidad organizada, a una sociedad”.¹²

No obstante, su poesía de denuncia y su actitud plenamente comprometida no ponen en duda el carácter de su poesía.

La contribución de Pablo Neruda y César Vallejo a la causa republicana se ponen de manifiesto tanto en su obra poética como en su obra personal.

El 15 de abril de 1938 moría César Vallejo aquejado de fiebre; Vallejo moría de todos esos años de privaciones y miserias de las que también han muerto, desgraciadamente, muchos otros de nuestros escritores. Pero Vallejo moría también de España. Cuentan sus biógrafos que, en el delirio de su fiebre, sólo lograba repetir:

“Voy a España... Quiero ir a España”. Pero, por si caben dudas —razonables— respecto a lo que pueda decir un hombre delirante, ahí quedó su obra.

En cuanto a Pablo Neruda, una vez en Chile, es enviado a Francia por el gobierno de su país, ahora progresista, para liberar a los prisioneros españoles. Para ello consigue fletar un barco, el Winnipeg, con el que conseguirá sus propósitos pese a complicados problemas burocráticos.

Sudamérica se convertía así en un refugio para tantos exiliados españoles que evidenciaban con el dolor de la patria lejana el daño de España. Como el propio Vallejo dice, refiriéndose a los mendigos, éstos atacan, “matando con tan sólo ser mendigos”, a quienes tanto dolor les han causado. Los mendigos —en este caso, los españoles— “matan” a quienes originaron su dolor, con la evidencia de su propia realidad:

“Los mendigos pelean por España,
mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrendando así, con mano gótica, rogante,
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York,
en México”

Hispanoamérica sería nueva patria a todos aquellos que no tuvieron más remedio que huir de España. Y es que, como aconsejaba César Vallejo, España tenía que cuidarse de su “propia España”:

“¡Cuidate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!”
¡Cuidate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuidate de los nuevos poderosos!
¡Cuidate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuidate del leal ciento por ciento!
(...)”.¹³

En los discursos que Pablo Neruda pronuncia en Montevideo y que sería recogidos en el libro *Neruda entre nosotros* (Montevideo, 1939), considera el urgente y obligado apoyo que Hispanoamérica debía brindar a “la desangrada madre de nuestra sangre”:

“América entera debe movilizarse (...) Los españoles a América, para formar un nuevo movimiento de unidad y de auxilio hacia la emigración. Que no se oiga en estos meses de angustia, y sobre España, sino estas palabras: Españoles a América, españoles a las tierras que ellos entregaron al mundo”.

Años más tarde, en su *Canto General*, este sentimiento habrá cambiado y el Español no será sino el conquistador, el devastador de identidades. Sin embargo, no ocurre lo mismo durante aquella época, época en la que España necesita de América. No obstante, los sentimientos que España inspirara al poeta durante aquellos años dejarían una profunda huella en él, que deseará, así, olvidarse de aquella España para pensarla libre y nueva:

“España (...)
Te quiero intacta, entera,
a mí restituida
con hechos y palabras,
con todos tus sentidos,
desenlazada y libre,
metálica y abierta!
Granada roja y dura,
topacio negro, España,
amor mío, cadera
y esqueleto del mundo,
guitarra incandescente,
fuego sin mutilar, oh dolorosa
piedra amada,
si yo te recordara
el corazón se me desangraría

y necesito sangre
para reconquistar tus hermosuras,
para que tu silencio
de golpe se arrodille
vencido, terminado,
y se oiga la voz de tus pueblos
en el nuevo coro del mundo".¹⁴

NOTAS

- 1 Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, II, Barcelona, Seix Barral, 1981.
- 2 Augusto Tamayo Vargas, "Nota preliminar", en Eltsa T. Villanueva, *La poesía de César Vallejo*, Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1951, p.7.
- 3 Alejandro Lora Risco, "César Vallejo y la Guerra Civil española", *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXI (1965), 573.
- 4 *César Vallejo: poeta trascendental de Hispanoamérica (Su vida, su obra, su significado)*, en Actas del simposium celebrado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Rep. Argentina, 1963, p. 143
- 5 Pablo Neruda, *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1962, p. 585.
- 6 Cit. en Pablo Neruda, "Explico algunas cosas", en *España en el corazón*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- 7 Cfr., *Caballo verde para la poesía*, octubre de 1935, p. 1ª.
- 8 Cit. por Emir Rodríguez Monegal en *El viajero inmóvil: introducción a Pablo Neruda*, Caracas, Ed. Monte Ávila, 1977, p. 127.
- 9 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 157.
- 10 "Himno a los voluntarios de la República", en *España, aparta de mí este cáliz*, Madrid, Cátedra, 1991.
- 11 "Pedro Rojas", en *España, aparta de mí este cáliz*, op. cit.
- 12 Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1948, p. 215.
- 13 "Cuidate España de tu propia España", en *España, aparta de mí este cáliz*, op. cit.
- 14 Recogido en Pablo Neruda, "El pastor perdido", I. *Las uvas y el viento*.